



V.

AL día siguiente, antes del mediodía, se compró una caja de colores, pinceles, un caballete. Pellerin accedió á darle lecciones, y Federico le llevó á su habitación para que viera si faltaba algo entre sus utensilios de pintura.

Deslauriers estaba ya en casa. Un joven ocupaba la otra butaca. El pasante—dijo designándole:

—Es él,—aquí le tienes, Sénecal.

Aquel muchacho desagradó á Federico. Su frente parecía mayor por el corte de pelo en forma de cepillo; algo duro y frío se percibía

en sus ojos grises, y su larga levita negra, todo su traje, olía á pedagogo y eclesiástico.

Al principio hablaron de las cosas del día, entre otras del *Stabat* de Rossini; preguntado Sénécál, declaró que jamás iba al teatro. Pellerin abrió la caja de colores.

—¿Es para tí todo eso?—dijo el pasante.

—Pues claro.

—¿Pero qué idea te ha dado?

Y se inclinó sobre la mesa, en que el pasante de matemáticas hojeaba un tomo de Luis Blanc, que él mismo había llevado y leía en voz baja pasajes, mientras Pellerin y Federico examinaban juntos la paleta, el cuchillo, las vejigas, y despues llegaron á hablar de la comida de Arnoux.

—¿El comerciante de cuadros?—preguntó Sénécál. —¡Lindo caballero, en verdad!

—¿Por qué?—dijo Pellerin.

Sénécál contestó:

—Un hombre que hace dinero con infamias políticas.

Y se puso á hablar de una litografía célebre, que representaba á toda la real familia entregada á ocupaciones edificantes: Luis Felipe tenía un código, la reina un libro de misa, las princesas bordaban, el duque de Nemours ceñía un sable; Joinville enseñaba una carta geográfica á sus hermanos menores; veíase en

el fondo una cama para dos. Aquella imagen, titulada «Una buena familia,» había hecho las delicias de los burgueses, pero la aflicción de los patriotas. Pellerin, con tono ofendido, como si fuera el autor, respondió que todas las opiniones eran igualmente respetables; Sénécál protestó. El arte debía exclusivamente mirar á la moralización de las masas; no debían reproducirse mas que asuntos concernientes á virtuosas acciones; las demás eran perjudiciales.

—Pero eso depende de la ejecución,—exclamó Pellerin,—Yo puedo hacer obras maestras,

—Tanto peor para Vd. entonces, nadie tiene derecho...

—¿Cómo?

—No, señor;—Vd. no tiene derecho para interesarme en cosas que repruebo. ¿Qué necesidad tenemos de laboriosas bagatelas, de las que es imposible obtener ningún provecho; de esas Vénus, por ejemplo, con todos los paisajes de ustedes? No veo ahí enseñanzas para el pueblo. Póngannos ustedes de manifiesto sus miserias, mejor, entusiásmennos ustedes con sus sacrificios; los asuntos, Dios mio, no faltan la granja, el taller...

Pellerin balbuciente de indignación y creyendo haber encontrado un argumento, dijo:

—¿Acepta Vd. á Moliére?

—Conforme — dijo Sénecal. — Lo admiro como precursor de la revolución francesa.

—¡Ah! ¡la revolución! ¡qué arte! Jamás ha habido época más deplorable.

—Nunca más grande, caballero.

Pellerin se cruzó de brazos y mirándole á la cara dijo:

—Tiene Vd. todo el aire de un famoso guardia nacional.

Su antagonista, acostumbrado á las discusiones, respondió:

—No soy *de ella* y la detesto tanto como usted. Pero con semejantes principios se corrompe á las masas; por lo demás, eso es cuenta del Gobierno; no sería tan fuerte sin la complicidad de un montón de farsantes como ese.

El pintor tomó la defensa del comerciante, porque las opiniones de Sénecal le exasperaban. Se atrevió hasta sostener que Jacobo Arnoux era un verdadero corazón de oro, adicto á sus amigos, y cariñoso con su mujer.

—Si le ofrecieran una buena suma, no rehusaría hacerla servir de modelo.

Federico se puso pálido.

—¿Tanto daño le ha hecho á usted, caballero?

—¿A mí? no. Le he visto una vez en el café con un amigo, y eso es todo.

Sénecal decía la verdad, pero le molestaban

diariamente los reclamos del «Arte industrial». Arnoux era para él, el representante de una gente que juzgaba funesta para la democracia. Republicano austero, sospechaba corrompidas todas las elegancias, no teniendo, además, necesidades y siendo de una inflexible probidad.

La conversación difícilmente se reanudó. El pintor recordó á seguida su cita, el profesor sus discípulos; y cuando salieron, después de un prolongado silencio, Deslauriers hizo diferentes preguntas sobre Arnoux.

—Tú me presentarás á él más adelante, ¿verdad, querido amigo?

—Ciertamente—dijo Federico.

Después trataron de su instalación.

Deslauriers había obtenido sin dificultad una plaza de segundo pasante en casa de un abogado, se matriculó en la escuela de Derecho, comprando los libros indispensables, y la vida con que soñaron tanto, empezó.

Y fué encantadora, gracias á la belleza de su juventud. Deslauriers no habló de ninguna convención pecuniaria, y Federico nada dijo, atendiendo á todos los gastos. Arreglaba el armario, se ocupaba del menaje; pero si era preciso reñir al conserje, se encargaba de hacerlo el pasante, que seguía, como en el colegio, con su papel de protector y de mayor.

Separados durante todo el día, se reunían á

la noche. Cada cual ocupaba su rincón del fuego y se ponía al trabajo, que interrumpían con frecuencia. Tenían expansiones sin fin, alegrías sin causa, y algunas veces disputas, á propósito de la lámpara que alumbraba mal ó de un libro perdido, cóleras de un minuto apaciguadas por las risas. La puerta del gabinete se quedaba abierta, y desde lejos, en la cama, seguían su cháchara.

Por la mañana se paseaban en mangas de camisa por la terraza; salía el sol, ligeras brumas atravesaban por el río, oíase el chillido del mercado de flores de al lado; el humo de sus pipas revoloteaba en el aire puro, que refrescaba sus ojos, todavía hinchados, y sentían esparcirse al aspirarlo, una esperanza inmensa. Cuando no llovía, salían juntos el domingo, del brazo y andaban por las calles. Casi siempre se les ocurría á la vez una misma reflexión ó hablaban sin ver nada á su alrededor. Deslauriers ambicionaba la riqueza como instrumento de poder sobre los hombres; hubiera deseado remover medio mundo, hacer mucho ruido, tener tres secretarios á sus órdenes, y dar una gran comida política una vez por semana. Federico se amueblaba un palacio árabe, para dormir en divanes de cachemir, al susurro de una fuente, servido por pajes negros; y todas aquellas cosas soñadas, acababan por ser de total manera

precisas, que se desolaban como si las hubieran perdido.

—¿A qué hablar de todo esto—decía Federico, puesto que jamás lo tendremos?

—¿Quién sabe?—replicaba Deslauriers.

Apesar de sus opiniones democráticas, le animaba á introducirse en casa de los Dambreuse; el otro objetaba sus tentativas.

—Bah; vuelve y te invitarán.

A mediados del mes de Marzo, recibieron entre otras cuentas gordas, las del restaurant que les daba de comer. Federico que no tenía bastante, tomó de Deslauriers prestado trescientas pesetas; quince días después reiteró la misma petición y el pasante le riñó por los gastos á que se entregaba en casa de Arnoux.

Efectivamente no había moderación en ellos. Una vista de Venecia, una vista de Nápoles y otra de Constantinopla ocupaban el centro de las tres paredes; asuntos ecuestres de Alfredo de Dreux veíanse acá y allá; un grupo de Pradier sobre la chimenea, números del «Arte industrial» sobre el piano; cartones en el suelo, por los rincones, embarazaban la habitación de tal suerte, que apenas había donde poner un libro, ó colocar los codos, pretendiendo Federico que todo aquello le era preciso para su pintura.

Trabajaba en casa de Pellerin; pero á me-

nudo, Pellerin estaba fuera, porque tenía la costumbre de asistir á todos los entierros y sucesos de que daban cuenta los periódicos; y Federico pasaba horas enteras completamente solo en el taller. La tranquilidad de aquella gran pieza, donde únicamente se oía el ruido de los ratones, la luz que se recibía del techo, y hasta el ronquido de la estufa, todo le sumía en un bienestar intelectual al principio; luego, sus ojos, abandonando la obra, se fijaban en los desconchones de las paredes, entre los *bibelots* de los armarios, á lo largo de los torsos, donde el polvo reunido formaba como girones de terciopelo. Como viajero perdido en medio de un bosque cuyos caminos conducen siempre al mismo sitio continuamente, encontraba en el fondo de cada idea el recuerdo de la señora de Arnoux.

Se había fijado días para ir á casa de ella; llegaba al piso segundo delante de su puerta y dudaba llamar. Se acercaban pasos, abrían y á estas palabras: «La señora ha salido», notaba luego como si le librasen de un peso sobre el corazón. La encontró sin embargo.

La primera vez estaban con ella tres señoras; otra tarde el maestro de escritura de la señorita Marta se presentó. Además, los hombres que recibía la señora de Arnoux no la visitaban; no volvió, pues, por discreción.

Pero no faltaba, para que le invitaran á las comidas de los jueves, al «Arte industrial», regularmente, todos los miércoles; y allí permanecía más que todos los otros, más que Regimbart, hasta el último minuto, fingiendo mirar un grabado, recorrer un periódico. Por fin Arnoux le decía:

—¿Está Vd. libre mañana por la noche?

Y aceptaba antes que terminara la frase. Arnoux parecía tomarle afecto. Le enseñó el arte de conocer los vinos, de quemar el ponche, de hacer salmorejo de chochas; Federico seguía docilmente sus consejos, amando cuanto dependía de la señora de Arnoux, sus muebles, sus criados, su casa, su calle.

Casi no hablaba en aquellas comidas; la contemplaba. Tenía ella en la sien derecha un lunar; el pelo, en el arranque de la frente, era más negro que el resto de sus cabellos y siempre húmedo en la orilla, acariciado de cuando en cuando con dos de sus dedos solamente. Conocía la forma de cada una de sus uñas; se deleitaba en escuchar el crugido de su traje de seda cuando pasaba cerca de las puertas, husmeaba á escondidas el olor de un pañuelo; su peinado, sus guantes, sus sortijas eran para él cosas singulares, importantes como obras de arte, casi animadas como personas; todas le llegaban al alma y aumentaban su pasión.

No había tenido fuerzas para ocultarla á Deslauriers. Cuando volvía de casa de la señora de Arnoux le despertaba como por descuido para poder hablar de ella.

Deslauriers, que se acostaba en el gabinete cerca de la fuente, lanzaba un largo bostezo, y Federico se sentaba á los piés de la cama. Primero hablaba de la comida, después contaba mil detalles insignificantes, en que veía pruebas de desden ó de afecto. Una vez, por ejemplo, había ella rehusado su brazo para tomar el de Dittmer, desolándose Federico.

—¡Qué tontería!

O le había llamado su amigo.

—Entonces perfectamente.

—Pero no me atrevo,—decía Federico.

—Bueno, pues no pienses más ello. Buenas noches.

Deslauriers se volvía hacia la pared y se dormía. No comprendía nada de aquel amor, que miraba como una última debilidad de la adolescencia, y no bastándole ya, sin duda, su intimidad, pensó reunir sus comunes amigos una vez por semana.

Llegaban el sábado hacia las nueve. Las tres cortinas de argelina estaban cuidadosamente plegadas; la lámpara y cuatro bujías ardían; en medio de la mesa la caja del tabaco llena enteramente de pipas, entre las botellas

de cerveza, la tetera, un frasco de rom y bollitos. Se discutía sobre la inmortalidad del alma, se hacían paralelos entre los profesores.

Hussonnet una noche, introdujo á un joven alto con una levita demasiado corta de mangas y de maneras encogidas: era el muchacho que el año anterior habían reclamado en el cuerpo de guardia.

No habiendo podido devolver á su dueño la caja de encajes perdida en la sarracina, le acusó de robo y amenazó con los tribunales; ahora estaba de dependiente en una casa de transportes. Hussonnet le encontró aquella mañana en la esquina de una calle, y le trajo, porque Dussardier, por gratitud, quería ver «al otro.»

Alargó á Federico la petaca todavía llena y que había guardado religiosamente con la esperanza de devolvérsela. Los jóvenes le invitaron á volver, y no faltó.

Todos simpatizaban. En primer lugar su odio hacia el Gobierno tenía el alcance de un dogma indiscutible. Martinon unicamente intentaba defender á Luis Felipe, y le confundían con los lugares comunes que traían los periódicos: con el cerco de Paris, las leyes de Septiembre, Pritchard, lord Guizot, tanto que Martinon se callaba temiendo ofender á alguien.

En siete años de colegio no había merecido castigo, y en la escuela de Derecho sabía agrandar á los profesores. Llevaba ordinariamente una levita gruesa casi blanca, con chanclos de goma; pero se presentó una noche en traje de boda: chaleco de terciopelo con chorrera, corbata blanca, cadena de oro.

La admiración aumentó cuando se supo que salía de casa del Sr. Dambreuse. Con efecto, el banquero Dambreuse acababa de comprar á Martinon, padre, una partida de madera considerable; el buen hombre le presentó á su hijo, y les había invitado á cenar á ambos.

—¿Había muchas trufas?—preguntó Deslauriers,—y has abrazado á su esposa entre puertas, *sicut decet*?

Entonces la conversación se refirió á las mujeres. Pellerin no admitía que hubiera mujeres bonitas (prefería á los tigres); además la hembra del hombre era una criatura inferior en la gerarquía estética:

—Lo que os seduce particularmente es lo que la degrada como idea, es decir, el pecho, los cabellos...

—Sin embargo—objetó Federico—largos cabellos negros, con grandes ojos negros...

—Sí, conocido—exclamó Hussonnet.—Basta de andaluzas ¿cosas antiguas? Servidor de ustedes. Porque en fin, veamos, dejemos la bro-

ma; una loreta es más agradable que la Vénus de Milo. ¡Seamos Galos, vive Dios, y Regencia si podemos!

«Corred, buenos vinos, dignáos sonreir.»

Es preciso pasar de la morena á la rubia—¿es esta la opinión de Vd., padre Dussardier?

Dussardier no contestó; todos le estrecharon para conocer sus gustos.

—Pues bien,—dijo ruborizándose—yo quisiera amar siempre á la misma.

Aquello fué dicho de tal manera, que se produjo un momento de silencio; sorprendidos los unos por aquel candor, y descubriendo, los otros, quizás la secreta ansiedad de su alma.

Sénécal dejó sobre la chimenea su vaso de cerveza, y declaró dogmáticamente que la prostitución era una tiranía y el matrimonio una inmoralidad; y que era mejor abstenerse. Deslauriers tomaba á las mujeres como una distracción y nada más. El Sr. de Cisy sentía respecto de ellas toda clase de temores.

Educado por una abuela devota, hallaba la compañía de aquellos jóvenes, sabrosa, como un lugar peligroso é instructiva como una Sorbona. No le privaban de las lecciones, y él se manifestaba lleno de celo, hasta querer fumar, á despecho del mal de corazón que le atormentaba regularmente todas las veces que lo hacía. Federico le rodeaba de cuidados. Admira-

ba los tonos de sus corbatas y las pieles de su paletot y sobre todo sus botas, delgadas como guantes y que parecían insolentes por su limpieza y tersura; su coche le esperaba abajo en la calle.

Una noche que acababa de marcharse, y que nevaba, Sénecal se puso á compadecer su cochero; después á declamar contra los guantes amarillos y el Jockey Club; hacía más caso de un obrero que de aquellos caballeros.

—Yo trabajo, al menos, soy pobre.

—Ya se vé, —dijo por fin Federico impaciente.

El pasante de profesor le guardó rencor por aquella frase.

Habiendo dicho Regimbart que conocía un poco á Sénecal, Federico, quiso ser cortés con el amigo de Arnoux y le rogó fuera á las reuniones del sábado. El encuentro resultó grato á los dos patriotas. Sin embargo diferían sus opiniones.

Sénecal, que tenía el cráneo en punta, no consideraba más que los sistemas; Regimbart, por el contrario, no veía en los hechos sino los hechos; y lo que principalmente le inquietaban las fronteras del Rhin.

Pretendía entender de artillería y se haría vestir por el sastre de la Escuela politécnica.

El primer día, cuando le ofrecieron pasteles, se encogió de hombros desdeñosamente, diciendo que aquello era propio de mujeres; y no estuvo más amable las veces siguientes. Desde el momento en que las ideas tomaban cierta elevación, murmuraba:

—Nada de utopias; nada de sueños.

En punto al arte (aunque frecuentaba los talleres, ó daba algunas lecciones de esgrima por complacencia) no eran sus opiniones trascendentales. Comparaba el estilo de Marast con el de Voltaire y á la señorita Vatnaz con la Staël, por una oda á la Polonia, «en que había corazón». Por fin Regimbart aburría á todo el mundo, y especialmente á Deslauriers, porque el ciudadano era íntimo de Arnoux. En tanto el pasante ambicionaba visitar aquella casa, esperando hacer en ella relaciones provechosas; por eso preguntaba:

—¿Cuándo vas á llevarme?

Arnoux andaba muy recargado de trabajo, ó iba de viaje; y además, no merecía la pena, porque las comidas estaban para concluirse.

Si hubiera sido preciso arriesgar la vida por su amigo, Federico lo habría hecho; pero como deseaba presentarse lo más ventajosamente posible, como cuidaba su lenguaje, sus maneras y su traje, hasta el punto de ir á las oficinas del «Arte industrial» irrepochablemente enguan-

tado, temía que Deslauriers, con su frac negro, viejo, su aspecto de procurador y sus conversaciones presuntuosas, desagradara á la señora de Arnoux, cosa que podía comprometerle, rebajarle á él mismo á sus ojos. Admitía sin dificultad á los otros; pero precisamente él le contrariaría mil veces más. El pasante de abogado advertía que no quería cumplir su promesa, y el silencio de Federico le parecía una agravación á la injuria.

Hubiera deseado guiarle absolutamente, verle desenvolverse, según el ideal de su juventud; y su insustancialidad le mortificaba como una desobediencia y como una traición. Por otra parte, Federico, lleno de la idea de la señora de Arnoux, hablaba con frecuencia de su marido, y Deslauriers empezó un intolerable *estribillo*, que consistía en repetir su apellido cien veces al día, al final de cada frase, como resabio de idiota.

Quando llamaban á su puerta, contestaba:

—Entre Vd., Arnoux.

En el restaurant, pedía queso de Brie, á la moda de Arnoux; y por la noche, fingiendo una pesadilla, despertaba á su compañero ahullando:

—Arnoux, Arnoux.

Por fin un día, Federico, molesto, le dijo con voz lamentable:

—Déjame en paz con Arnoux.

—Jamás—respondió el pasante.

Siempre él, él por todas partes, ó ardiente ó helada la imagen de Arnoux...

—¡Cállate!—exclamó Federico, levantando el puño.

Y añadió con dulzura:

—Ya sabes que ese es un asunto penoso para mí.

—Perdone Vd., buen hombre—replicó Deslauriers, inclinándose mucho—se respetarán en lo sucesivo los nervios de la señorita; perdone usted, repito; perdone usted.

Y así terminó la broma.

Pero semanas más tarde, una noche le dijo:

—He visto hace poco á la señora de Arnoux.

—¿Dónde?

—En el Palacio de Justicia, con Balandard, abogado; una mujer morena ¿no es verdad? de estatura mediana.

Federico hizo señas de asentimiento; esperaba que Deslauriers hablase. A la menor palabra de admiración, se habría expansionado ampliamente; hallábase dispuesto á quererle; el otro seguía callando; por fin, sin contenerse más, le preguntó con aire indiferente lo que le parecía.

Deslauriers no la encontraba mal, aunque nada de extraordinario, sin embargo.

—¿Crees eso?—dijo Federico.

Llegó el mes de Agosto, época de su segundo examen. Según la opinión corriente, debían bsatarle quince días para preparar las materias. Federico no dudó de sus fuerzas, y se tragó de corrido los cuatro primeros libros del Código de Procedimientos, los tres primeros del Código penal, muchos trozos de Instrucción criminal y una parte del Código civil, con las notas de Poncelet. La víspera, Deslauriers le obligó á hacer una recapitulación que duró hasta por la mañana; y para aprovechar el último cuarto de hora, continuó preguntándole por la calle andando.

Como se verificaban varios exámenes simultáneamente, había mucha gente en el patio, entre otros, Hussonnet y Cisy; no dejaban de ir á aquellas pruebas, cuando se trataba de camaradas.

Federico se enderezó la toga negra tradicional; después entró seguido de la multitud, con otros tres estudiantes, en una gran pieza, á que daban luz ventanas sin cortinas y con banquetas á lo largo de las paredes. En el centro había sillas de cuero alrededor de una mesa, adornada con verde tapete, que separaba á los examinandos de los señores examinadores de toga encarnada, y todos con mangas de armiño y tocas de galones dorados.

Federico era el penúltimo en la serie, mala posición. En la primera pregunta, sobre la diferencia entre una convención y un contrato, definió una por otro, y el profesor, hombre excelente, le dijo:

—No se turbe Vd., tranquilícese.

Después de dos preguntas fáciles y respuestas oscuras, pasó á la cuarta. Federico se desconcertó con aquel mal principio. Deslauriers, enfrente, entre el público, le hacía señas de que aún no se había perdido todo; y en la segunda pregunta sobre derecho criminal pudo pasar; pero después de la tercera, relativa al testamento místico, el examinador permaneció impasible todo el tiempo, y su angustia se aumentó; Hussonnet juntó las manos como para aplaudir, mientras que Deslauriers no cesaba de encojarse de hombros. Por fin llegó el momento en que era preciso responder acerca del Procedimiento; se trataba de la tercera oposición. El profesor, admirado de haber oído teorías contrarias á las suyas, le preguntó en tono brutal:

—¿Es esa, caballero, la opinión de Vd.? ¿Cómo concilia Vd. el principio del artículo 1.351 del Código civil con esa vía de ataque, extraordinaria?

Federico sentía un fuerte dolor de cabeza, por haber pasado la noche sin dormir. Un rayo de sol, que penetraba por la abertura de una

persiana, le daba en la cara. De pié, detrás de la silla, se balanceaba y tiraba del bigote.

—Estoy esperando la respuesta —dijo el hombre de la toca dorada.

Y como le molestaba el gesto de Federico, sin duda, añadió:

—No la encontrará Vd. en su barba.

Aquel sarcasmo causó la risa del auditorio; el profesor, lisonjeado, se dulcificó. Le hizo dos preguntas más sobre la citación y el sumario, bajando la cabeza en señal de aprobación; el acto público había concluido.

Federico volvió al vestíbulo.

Mientras el bedel le quitaba la toga, para ponérsela á otro inmediatamente, le rodearon sus amigos, acabando de aburrirle con sus opiniones contradictorias acerca del resultado del examen; muy pronto se proclamó con voz sonora desde la entrada de la sala:

—El tercero... suspenso.

—Encajonado—dijo Hussonnet.—Vámonos.

Delante de la portería encontraron á Martinon, rojo, conmovido, con una sonrisa en los ojos y la aureola del triunfo en la frente. Acababa de sufrir sin dificultad su último examen; quedaba solo el discurso; antes de quince días sería licenciado. Su familia conocía á un ministro. Una bonita carrera se ofrecía.

—Ese te hunde—dijo Deslauriers.

—Nada humilla tanto como ver á los tontos triunfar en las empresas donde uno ha tropezado. Federico, mortificado, respondió que aquello le importaba poco. Sus pretensiones eran más elevadas, y como Hussonnet parecía que se marchaba, le llamó aparte para decirle:

—Ni una palabra en casa de ellos, ¿estamos?

El secreto era fácil, puesto que Arnoux al día siguiente se iba de viaje á Alemania.

Al entrar, por la noche, el pasante encontró á su amigo singularmente cambiado; saltaba, silbaba, y el otro admirábase de aquel humor. Federico declaró que no iría á casa de su madre y emplearía en trabajar sus vacaciones.

A la noticia de la marcha de Arnoux, sintió alegría, porque podría presentarse allá abajo, á su gusto, sin temor de verse interrumpido en sus visitas.

La convicción de una seguridad absoluta le daría valor. Por fin no se alejaba, no se separaba de ella. Algo más fuerte que una cadena de hierro le ligaba á París, una voz interior le gritaba que se quedara.

Algunos obstáculos se oponían á este propósito; los venció escribiendo á su madre, confesándole en primer lugar su caída, ocasionada por cambios hechos en el programa, una casualidad, una injusticia; además, todos los grandes abogados (citaba sus nombres) habían perdido

asignaturas; pero pensaba presentarse nuevamente el mes de Noviembre. Y no teniendo tiempo que perder, no iría á la casa aquel año. Pedía, á más, del dinero de un trimestre, doscientas cincuenta pesetas para repasos de Derecho, muy útiles; y todo ello adornado de sentimiento, lamentaciones, gaterías y protestas de amor filial.

La señora de Moreau, que le esperaba al día siguiente, se enterneció doblemente. Ocultó la desventura de su hijo, y le contestó «que fuera á pesar de todo». Federico no cedió, y vino una querrela. En fin de semana, sin embargo, recibió el dinero del trimestre con la suma destinada á los repasos, y que sirvió para pagar un pantalón gris perla, un sombrero de castor blanco y un junco con puño de oro.

Cuando todo estuvo en su poder, pensó:

—¿Si será idea de peluquero la que he tenido?—Y se sintió presa de una gran vacilación.

Para saber si iría á casa de la señora de Arnoux, echó por alto, por tres veces, algunas monedas; todas fué feliz el presagio; la fatalidad, pues, mandaba. Y se hizo llevar en coche á la calle de Choiseul.

Subió deprisa la escalera, tiró del cordón de la campanilla, no sonó, sintiéndose casi desfallecer. A seguida rompió de otro tirón, furioso, la gruesa borla de seda encarnada; oyó.

se un repique que se apaciguó gradualmente, y nada. Federico tuvo miedo.

Pegó la oreja á la puerta; ni un soplo. Puso el ojo en el agujero de la cerradura y no vió en la antesala más que dos puntas de caña, en la pared, entre las flores del papel. Por fin, giraba sobre sus talones, cuando, cambiando de parecer, dió un golpecito, aquella vez ligero. Abrióse la puerta, y en el dintel, con el pelo enmarañado, la cara carmesí y el aire contrariado, se presentó el mismo Arnoux.

—¡Calle! ¿qué diablos le trae á usted? Entre usted.

Y le introdujo, no en el gabinete ni en su cuarto, sino en el comedor, en que se veía sobre la mesa una botella de champagne, con dos copas, y en tono brusco, preguntó:

—¿Tiene usted algo que pedirme, querido amigo?

—No, nada, nada—balbuceó el joven, buscando un pretexto á su visita.

Por fin, dijo que había ido á saber noticias suyas, porque le creía en Alemania, según referencias de Hussonnet.

—De ninguna manera—contestó Arnoux.—¡Qué muchacho ese más chorlito; todo lo entiende á revés!

Para disimular su turbación, Federico se paseaba de izquierda á derecha por la sala. Al

tropezar con la pata de una silla, dejó caer una sombrilla que estaba encima, rompiéndose el puño de marfil.

—¡Dios mío!—exclamó—¡Cuánto siento haber roto la sombrilla de la señorita!

A esta frase el comerciante levantó la cabeza y se sonrió de un modo singular. Federico, aprovechando la ocasión que se le ofrecía de hablar de ella, añadió tímidamente:

—¿Podré verla?

Estaba en su país, al lado de su madre enferma. No se atrevió á preguntar sobre la duración de aquella ausencia, y lo hizo, únicamente, respecto del país de la señora.

—Chartres ¿Le admira à Vd. eso?

—¿A mí? ¿por qué? De ningún modo.

Y no encontraron después de ésto nada que decirse. Arnoux, que se había hecho un cigarrillo, daba vueltas alrededor de la mesa, soplando. Federico, de pie, junto á la estufa, contemplaba las paredes, el armario, el piso, desfilando en su memoria encantadoras imágenes, mejor aún, delante de su vista.

Por fin se marchó.

Un pedazo de periódico, hecho una bola, estaba en el suelo de la antesala; Arnoux lo cogió, y alzándose sobre la punta de los pies, lo metió en la campanilla, para continuar, dijo, su interrumpida siesta.

Después, añadió, dándole un apretón de manos:

—Hágame usted el favor de decir al portero que no estoy.

Y cerró la puerta á su espalda, violentamente.

Federico bajó la escalera, deteniéndose en cada escalón. El fracaso de aquella primera tentativa, le desanimaba, respecto del azar de las demás.

Entonces empezaron tres meses de fastidio. Como no tenía ningún trabajo, la ociosidad aumentaba su tristeza.

Pasaba las horas en mirar, desde lo alto de su balcón, al río que corría entre los muelles cenicientos, negruzcos, de trecho en trecho, por las junturas de los albañales, con un pontón de lavanderas amarrado á la orilla, donde, á veces se entretenían los pilluelos, en bañar un perrillo, junto al fangó.

Sus ojos, dejando á la izquierda el puente de piedra de Nuestra Señora, y tres puentes colgantes, se dirigían siempre hacia el muelle de los Ormes, sobre un maciso de árboles añosos, parecidos á los tilos del puerto de Montreau. La torre de Santiago, la Casa-Ayuntamiento, San Gervasio, San Luis, San Pablo, se alzaban enfrente, entre los tejados confundidos, y el Genio de la columna de Julio resplandecía